

# *El mundo antiguo en la obra de María Zambrano. “El privilegio de tener antepasados”*

---

*Miguel Candel*

## *Filosofía frente a poesía en los orígenes del saber*

**F**rente a la célebre aproximación que Aristóteles establece entre filosofía y poesía,<sup>1</sup> María Zambrano entiende su mutua relación en la Grecia arcaica como una heraclitiana lucha de contrarios. Dice en su artículo «La disputa entra la filosofía y la poesía sobre los dioses»:

“El origen de la filosofía se hunde en esa lucha que tiene lugar dentro todavía de lo sagrado y frente a ello. La poesía nació, fue el producto de una actitud original, habida en una rara coyuntura entre el hombre y lo sagrado. La formación de los dioses, su revelación por la poesía, fue indispensable, porque fue ella, la poesía, quien primeramente se enfrentó con ese mundo oculto de lo sagrado. Y así, por una parte la insuficiencia de los dioses, resultado de la poética acción, dio lugar a la actitud filosófica.”<sup>2</sup>

Pero ese antagonismo, como vio Heráclito, no es mera negatividad o mutua negación,

sino lo que podríamos formular, al modo tradicional, una *unidad de opuestos* o, más provocativamente, una *oposición unificadora*. En efecto, sigue Zambrano:

“Mas, de otro lado, vemos que en la actitud que supone la actitud poética se encuentra ya el antecedente necesario de la actitud que dará origen a la filosofía. Como siempre que de una actividad humana nace otra distinta y aun contraria, no es sólo de su limitación, de lo que no llegó a alcanzar, de donde nace, sino de lo que alcanzó también; de su aspecto negativo unido al positivo.

Y así, la filosofía se inicia del modo más antipoético por una pregunta. La poesía lo hará siempre por una respuesta a una pregunta no formulada. El preguntarse es lo peculiar del hombre, el signo de que ha llegado a un momento en que va a separarse de lo que le rodea, algo así como la ruptura de un amor, como el nacimiento.”<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> «*philosophôteron kai spoudaiôteron poiêsis historías estin: hê mèn gàr poiêsis mâllon tà kathólou, hê d'história tà kath'hékaston légei*» (*Poética* 9, 1451 b 5-7).

<sup>2</sup> Zambrano, María, «La disputa entra la filosofía y la poesía sobre los dioses», en: *El hombre y lo divino*, Madrid, Siruela, 1992, pág. 64.

<sup>3</sup> *Ibid.*, págs. 64-65.

Es especialmente interesante en este último pasaje la observación de que la poesía, entendida como «respuesta», responde paradójicamente a una pregunta no formulada. En efecto, la mente prefilosófica (o, si se quiere, precientífica) vuela suspendida en el viento de la afirmación espontánea, de la confiada adhesión a lo que aparece tal como aparece. No crea el universo mítico en que ella misma se encierra por mera reacción tras el choque con una naturaleza inhóspita (aunque ese choque ciertamente se produce), sino fundamentalmente a impulsos de su naturaleza «fabril», de su voluntad de orden y su necesidad de sentido, que hasta cierto punto hace abstracción del *statu quo* natural con que se encuentra y en el que se encuentra, sin distinguir entre su acción y los objetos de ésta.

La filosofía, en cambio, es esencialmente *reactiva* (del mismo modo que podríamos decir, con un término de reciente y quizá innecesaria creación, que la poesía es *proactiva*, es decir, anticipativa). La filosofía desconfía por naturaleza; no hay filosofía sin sospecha (por eso, fatalmente, toda filosofía acaba haciéndose ella misma sospechosa: ¿sería justo decir que la historia de la filosofía, más que el discurrir de una *diánoia*, es el curso de una *paránoia*?):

“Y así, la pregunta inicial de la filosofía: «¿Qué son las cosas?», suena todavía en nuestros oídos con ese aire de brusquedad y hasta de impaciencia, como si dijera: «Basta de dioses y de historias, volvamos o empecemos a no saber». Y al retroceder a la ignorancia se hundió en ella —el que se decidió a preguntar por las cosas— mucho más de lo que lo estuvieron los que configuraron los dioses.”<sup>4</sup>

Ésa es la clave de la actitud filosófica, para Zambrano: lo que Aristóteles llamó *admiration* y que no es otra cosa que el reconoci-

miento de la ignorancia, el «gran lujo de preguntarse sobre lo que hasta hace un momento era incuestionable por no aparente, por escondido bajo las imágenes, bajo las fábulas».<sup>5</sup>

“Y, así, esta ignorancia vino a resultar el lugar de una revelación: de la revelación del ser identificado en seguida con la cosa menos cosa entre todas; con lo que puede entrar en todo; el agua visible en forma de transparencia, lugar de germinación sin fin, que viene siempre de alguna parte, naciendo secretamente, que entregada a sí misma va hacia algún lugar, que parece continua sin límites, sin cualidad. El aire podía competir con ella en esa su forma de presentar el ser y casi era indiferente e intercambiable como fondo último residente de todas las cosas.”<sup>6</sup>

Así, pues, frente a lo que el vulgo suele considerar característico del sabio, éste es paradigmáticamente un Sócrates, un «profesional de la ignorancia», cuyas únicas respuestas sólo pueden ser afirmaciones de lo indeterminado, de lo que se caracteriza más por no ser ni esto ni aquello que por ser tal o cual cosa: el parmenídeo *ser sin más*.

Pero eso es tanto como decir, con Heráclito, que «lo sabio es darse cuenta de que todo es uno». Así lo reconoce Heidegger en su conferencia *Was ist das — Metaphysik?* Sólo que Heidegger, con la unilateralidad tardorromántica e irracionalista de su última época, cree ver ese ejercicio de sabiduría en la poesía misma, en la confiada identificación inconsciente con el ser «incuestionable por no aparente, por escondido bajo las imágenes, bajo las fábulas». Para Zambrano, en cambio:

“Quien asume la actitud filosófica asume también la responsabilidad de sus palabras, que serán por ello declaraciones cargadas de una nueva pretensión. Creo recordar que Ortega y Gasset hacía

<sup>4</sup> *Ibid.*, pág. 66.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 67.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 67.

recaer la diferencia entre el decir del poeta y el decir del filósofo en la falta de responsabilidad del primero. Bajo el logos de la poesía no encontramos la unidad —coherencia, continuidad— de alguien que no sólo da razones, sino que ofrece también razones de sus razones, que tal es el filósofo.<sup>7</sup>

No hay en ello desprecio hacia la poesía, descalificación de su ejercicio como si de un juego frívolo se tratara. Hay, simplemente, distinción y explicación de por qué la especie humana no se podía contentar indefinidamente con la simple *música* del poema como contrapunto al silencio de la naturaleza, sino que tarde o temprano había de recurrir a la *letra* de un logos explicativo y autoexplicativo:

“El poeta ofrecerá en cambio de estas razones de sus razones su propio ser, soporte de lo que no permite ser dicho, de todo lo que se esconde en el silencio; la palabra de la poesía temblará siempre sobre el silencio y sólo la órbita de un ritmo podrá sostenerla, porque es la música la que vence al silencio antes que el logos. Y la palabra más o menos desprendida del silencio estará contenida en una música.”<sup>8</sup>

El poeta no es, pues, una irresponsable cigarra merecedora del reproche de la laboriosa hormiga filosófica. De hecho, las actitudes respectivas de poeta y filósofo acabarán coincidiendo periódicamente en un fructífero y necesario ejercicio de retroalimentación mutua:

“El poeta aceptará y aun pretenderá otro género de responsabilidad que la que se ofrece desde la conciencia y la claridad de las razones; esa responsabilidad sugerida más que en la palabra en el gesto de la mano que indica una dirección. Poesía y filosofía serán desde el principio dos especies de caminos que en privilegiados instantes se funden en uno solo. El camino abierto paso a paso, mirando adelante hacia

el horizonte que se va despejando, que absorberá el nombre de «método», y el camino que la paloma traza en el aire sin saberlo llevada sólo por su único saber: el sentido de orientación. No deja huellas, mientras que el camino llamado «método» será siempre una traza, una línea visible que exige ser recorrida, y que hace sentir una especie de mandato y entrará, sin duda alguna, como ingrediente en lo que siempre se ha entendido como «responsabilidad»; pues la forma más aguda y extrema de ser responsable es asumir el mando.”<sup>9</sup>

Ciertamente, como señala el trasimáqueo personaje de la fábula de Lewis Carroll, lo que importa no es qué significan las palabras, sino «quién manda». Ahora bien, el mando que la poesía ejerce sobre la mente humana es tan comparable al monárquico poder del *ánax* como comparable al republicano del *demos* es el mando filosófico. El poeta, en efecto, no discute, no pregunta ni —de hecho— responde: habla sin que nadie lo interroge y dictamina sin control dialógico ni rigor dialéctico. Por eso tanto irracionalista posmoderno, intruso en el arduo oficio de filósofo, declama más que enuncia, canta jaleado por cuadrillas de palmeros de dos lecturas y media y se niega a someter su voz monódica a norma armónica alguna, ya sea ésta modal, tonal o serialista. Fruto de la herencia negativa (¿o habrá que decir «negativa herencia»? de Nietzsche, su voz se sitúa más allá de la verdad y la falsedad. Legítima opción si a la vez no pretendiera, como contradictoriamente pretende, tener valor apofántico. Lo que sin duda tiene es cualidad hierofántica. Pero eso, que era perdonable en la infancia de la cultura, cuando el hombre era paloma exclusivamente guiada por el sentido de la orientación en busca de la supervivencia, deja de tener excusa en una cultura resabiada que ha perdido irreversiblemente su inocencia gno-seológica.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 68.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 68.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 68.

El mando de la filosofía, en cambio, mientras no degenera en dictadura tecnocrática (como la que ejercen las oligarquías contemporáneas a través del control de la ciencia), exige el debate previo, el análisis, la crítica y el contraste de argumentos. Encarna, en definitiva, un régimen epistemológico democrático.

Zambrano señala con tino la asunción de la ignorancia por los primitivos filósofos griegos, los llamados «fisiólogos»: su valiente aceptación de las últimas consecuencias de la perplejidad ante los misterios naturales, su negativa a aceptar las cómodas soluciones *prêt-à-penser* de los poetas fabricantes de mitos y legitimadores del orden aristocrático. Pero si en algún momento del despertar de la razón en Grecia puede decirse que la actitud crítica se corresponde efectivamente con una concepción política democrática, ese momento es la segunda mitad del siglo -V, con la eclosión de la llamada *sofística*. También Sócrates es fruto de ese árbol, por más que su concepción del orden político se apartara en aspectos fundamentales de los criterios establecidos por Efialtes y plasmados por Pericles: al fin y al cabo, suya es la afirmación más radical del reconocimiento de la ignorancia como punto de partida imprescindible del saber y suya la consagración del diálogo como partero de la verdad.

Pero el triunfo de la filosofía sobre la poesía no se da al argólico modo en que Agamenón arrasara Troya hasta los cimientos, sino tal como Roma se apropió de la cultura de la vencida Grecia, derrotada por las armas pero vencedora por las letras:

“La hazaña de la filosofía griega fue descubrir y presentar como suyo aquel abismo del ser situado más allá de todo ser sensible, que es la realidad más poética, la fuente de toda poesía. Diríamos que la

victoria de la filosofía se logró por haber arrebatado a la poesía su secreto, su fuente. Por haberle dado nombre, por haber descendido hasta esa profundidad en que la conciencia originaria, el asombro aún mudo, se despierta rodeado de tinieblas.”<sup>10</sup>

Ese secreto del ser en el que supuestamente late la poesía es aquello «no dicho» que hará las delicias, no de los poetas (que ya quisieran poder decir todo lo que sienten), sino de ciertos filósofos avergonzados de serlo que tratan de restaurar en el trono del pensamiento a la poesía, a la vez que envían al destierro al viejo Platón. ¿Será casual que Heidegger, corifeo de ese coro, apostara por el más autoritario de los regímenes políticos conocidos en la historia de Europa y del mundo? Quizá no. Porque, tal como decíamos unos párrafos más arriba, no es posible desandar impunemente el largo camino recorrido por la razón desde Tales hasta el siglo XX: lo que en un niño es gracia resulta torpeza (o algo peor) en un adulto.

Zambrano, al revés que Heidegger, ve la prueba de que la filosofía, lejos de «olvidar» u ocultar el ser, lo sitúa en el foco mismo del pensamiento, en el hecho de que los primeros balbuceos filosóficos del Miletos del siglo -VI designaran el corazón de lo real con el nombre de *ápeiron*, lo ilimitado e indeterminado. Es ésta, sin duda, una concesión innecesaria a la interpretación con que Aristóteles fuerza el sentido de las palabras de Anaximandro. Pero, aun así, no parece posible dudar de que aquellos milecios hubieran cobrado ya conciencia de la distancia que separa la realidad de todo cuanto podamos apreciar y decir de ella. De que los dioses de los poetas habían perdido para ellos su gloriosa luminosidad y su capacidad de iluminar los senderos de la vida humana. De que el mundo no estaba a su merced ni nosotros a merced de ellos y del mundo, sino todos— ellos y nosotros— a merced del Todo, que por ser el Todo es lo Uno, lo que supera, incluyéndolas y

<sup>10</sup> *Ibid.*, págs. 69-70.

fundiéndolas, todas las diferencias que trabajosamente registra y ordena —a la vez que es ordenada por ellas— nuestra experiencia:

“Toda la filosofía griega puede verse a la luz de esta ahincada prosecución en pensar la unidad, su verdadero problema. Y así, el ápeiron fue bien pronto sustituido como punto de partida de toda investigación por el uno de Parménides, la segunda revelación alcanzada por la filosofía, mas ésta ya exclusivamente filosófica. Lo que sucede en Parménides parece el caso inverso de Anaximandro: la inspiración poética realiza un descubrimiento filosófico, mientras que en Anaximandro la pregunta nacida de la actitud filosófica realiza un descubrimiento poético.”<sup>11</sup>

Con este calambur expresa Zambrano la mutua fecundación entre filosofía y poesía. Porque no sólo es verdad que la filosofía extrae sus conceptos de las imágenes de la sensibilidad. También lo es que la poesía sólo es inteligible en la medida en que tolera su análisis por la razón. El ser no escapa más a la lógica que al arte. En todo caso, el arte por sí solo nunca habría tomado conciencia de ese trasfondo de las cosas que sólo la filosofía trata conscientemente de identificar. Ciertamente que ésta no consigue alcanzarlo; pero el arte ni siquiera se propone hacerlo. Y ¿acaso es mayor hallazgo no buscar que no encontrar?

Frente al poeta, que aspira a morar eternamente en el Olimpo, la filosofía es esencialmente prometeica: trata de librar a los hombres el secreto del fuego divino. Trata, en definitiva, de derribar la cerca que impide el libre acceso de la razón común al campo de lo sagrado (mejor: que crea lo sagrado por el simple hecho de declararlo inaccesible). Por eso la filosofía será inevitablemente acusada de impiedad (y por eso los fanáticos religiosos considerarán siempre más peligrosos a los deístas que a los ateos):

“La poesía se adelantó al conformar las imágenes de los dioses. La filosofía se encontró, pues, ante una situación que comportaba, por una parte, la transformación de lo sagrado en lo divino hecha presente en las imágenes de los dioses, y el fondo originario oculto sin nombre, por la otra. Y así se explica que, no más hubo tomado contacto con el fondo sagrado, la filosofía entrase en polémica, en disidencia con las imágenes de los dioses, y fuera perseguida en nombre de ellos. Se trataba simplemente de que la filosofía, desde que se dio a conocer con Parménides, mostraba la unidad del ser; el ser, un antecedente de lo que sería el resultado final de su acción y el logro último de su actividad: la idea de Dios.”<sup>12</sup>

Por eso es injusto decir que el filósofo, el metafísico, inventa sucedáneos de Dios. En realidad ocurre justo lo contrario: Dios es un sucedáneo de la Realidad. Que el sucedáneo apareciera históricamente antes que lo auténtico no es sino la prueba de que la filosofía es un camino a contracorriente, un remontar en sentido inverso el curso de la historia, en la que el pensamiento se inicia con los rítmicos cantos del rapsodo y desemboca (de momento) en la paradójica prosa de los términos autorreferentes. Pero a éstos no los separa de aquéllos una simple negación, sino, en todo caso, una negación doble, que equivale, claro está, a una afirmación de orden superior.

Por algo más que desdén e incompreensión aconsejaba, pues, Carnap a los filósofos que dejaran de entrometerse en el campo de la razón, supuestamente exclusivo de la ciencia, y se dedicaran a escribir poemas. Porque ciertamente tiene más el filósofo de poeta que de científico. Pero no porque sea incapaz de emplear correctamente los recursos de la razón ni porque haya llegado a obnibularse con la creencia de que existe un atajo que lleva a lo óntico sin pasar por lo lógico. No lo

<sup>11</sup> *Ibid.*, págs. 72-73.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 72.

primero, porque sabe que la razón no admite sólo un uso instrumental. No lo segundo, porque sabe que fuera de la razón sólo hay

tiniebla, que cuando la razón se duerme, sueña, y el sueño de la razón engendra monstruos.